

En muchas cosas tenia el mismo gusto que su padre, y ostentó lo mismo que él, profusa magnificencia en su manera de vivir y en sus edificios públicos. Era mas severo en su moral, y en la ejecucion de la justicia llevaba la rigidez hasta el punto de sacrificar los sentimientos naturales. Cuéntanse de esto varios ejemplares; pero uno sobre todo concerniente á su hijo mayor, heredero de la corona y que prometia grandes esperanzas. Habia este entablado relaciones novelescas con una de las concubinas de su padre, á la cual llamaban la señora de Tula, mujer de humilde cuna, aunque de raras prendas. Poetizaba con facilidad y era capaz de entrar en graves discusiones con el rey y sus ministros. Vivía en un edificio aparte con grande aparato de grandeza, y adquirió por su hermosura y otras dotes, gran influjo en su real amante. Con semejante mujer es con quien el príncipe llevaba una correspondencia en verso, aunque no se sabe si era amorosa. Pero aunque esto último no fuese, el delito exigia pena de muerte. Fué, pues, entregado al tribunal competente, que condenó al desgraciado jóven á pena capital. El rey,

1 «De las concubinas, la que mas privó con el rey, fué la que llamaban la señora de Tula, no por su linaje, sino porque era hija de un mercader, y era tan sabia, que competia con el rey y con los mas sabios de su reino, y era en la poesía muy aventajada, que con estas gracias y dones naturales tenia al rey muy sujeto á su voluntad, de tal manera, que lo que queria alcanzaba de él, y así viósele por sí con gran majestad, en unos palacios que el rey le mandó edificar.» Ixtlilxochitl, Hist. Chichi. M. S., cap. 57.

cerrando su corazón á todos los clamores de la naturaleza, permitió que se ejecutase la cruel sentencia. Pudiera sospecharse en este acto la influencia de ruines pasiones, si fuese este el único ejemplo que habia dado de inexorable severidad para los que le eran allegados; pero no, es que él poseia la rígida y austera virtud de un romano, sin ninguna de las gracias que la hacen dulce y amable. Despues de ejecutada la sentencia se encerró en su palacio durante varias semanas, y mandó que se tapasen las puertas y ventanas de la casa de su hijo, para que nadie volviese á habitarla.¹

Netzahualpilli tenia por la astronomía la misma afición que su padre, y cuentan que en uno de sus palacios habia un observatorio.² En su primera juventud se dedicó á la guerra; pero el trascurso de los años le hizo mudar de inclinaciones y seguir su género de vida mas tranquilo, buscando sus place-

1 Ibid. cap. 67.

El historiador tezcucano refiere algunos ejemplos extraordinarios de su severidad, uno especialmente relativo á su esposa criminal. La historia parecia á los cuentos de un serrallo de Oriente, se encontrará traducida en el apéndice, parte 2.^a núm. 4.^o Véase tambien á Torquemada, Monarch. Ind. lib. 2, cap. 66. Zurita, Relacion, págs. 108, 109. Sobre todo, era el terror de los magistrados injustos. Poco les quedaba que esperar del hombre que por cumplir las leyes habia ahogado en su seno la voz de la naturaleza. Era como dice Suetonio de un príncipe que no tenia la fuerza de alma que el que nos ocupa: «Vehemens et in coereendis dilectis, immodicus.» Vita Galbae, sec. 9.

2 Torquemada alcanzó en sus tiempos las ruinas de él, ó lo que pasaba por tal. Monarch. Ind., lib. 2, cap. 64.

res en su estudio favorito ó en los blandos placeres de los retirados jardines de Tezcotzingo. Esta vida pacífica se avenía poco con el carácter turbulento de su época y de su rival Moteuczoma. Las provincias lejanas comenzaron á rebelarse contra su poder, la inmoralidad y el disgusto fué cundiendo en sus ejércitos, hasta que por último, el astuto Moteuczoma consiguió, ya por la fuerza, ya por amagos indignos de un rey, usurpar á su aliado de Tezcuco sus mas valiosos dominios. Entonces fué cuando se abrogó el título y preeminencias de emperador, que hasta allí habian pertenecido á los príncipes de Tezcuco, como cabezas de la alianza. Así lo refieren los historiadores de esta nacion, en cuyo hecho reconocen tácitamente la superioridad de los aztecas, tanto en territorio como en fuerzas y privilegios, en tiempo de la llegada de los españoles.¹

Estas desgracias agobiaron pesadamente el espíritu de Netzahualpilli, aumentándose sus pesares con los tétricos agüeros que tuvo, de las calamidades en que iba á ser envuelto el país dentro de poco tiempo.² Retiróse, pues, á su palacio de Tezcotzingo, á

1. Ixtlilxochil, Hist. Chich. M. S., caps. 73, 74.

El súbito reves de la monarquía tezcucana, inmediatamente despues de terminar el reinado de sus dos príncipes mas sabios, es de tal modo inverosímil, que se ve uno tentado de creer que nunca llegó al esplendor que le atribuye su patriótico historiador. Véase antes el cap. I, nota 25 y el texto correspondiente.

2. Ixtlilxochitl, Hist. Chichi. M. S., cap. 72.

En una de las páginas subsecuentes de esta historia, encontrará

llorar en secreto sus pesares. Su salud comenzó á declinar rápidamente, hasta que al fin murió en 1515.¹ ¡Harto dichoso en haberse libertado con esta muerte oportuna, de presenciar el cumplimiento de sus pronósticos, la ruina del país, la extinción para siempre de las dinastías indias!²

Cuando se echa una ojeada sobre el breve bosquejo que hemos trazado de la monarquía tezcucana, no puede uno menos de quedar íntimamente convencido de la superioridad que esta nacion llevaba á todo el resto de Anáhuac en los grandes rasgos de civilización. Los mexicanos manifiestan indudablemente grandes adelantos en las artes mecánicas y aun en las ciencias matemáticas; pero en la política y la legislación, en las doctrinas especulativas pertenecientes á la religion, en los cultos, ensayos de la poesía y la elocuencia, y en todo lo que depende del refinamiento del gusto y

el lector pormenorizada de algunos de estos prodigios, mejor autenticados que muchos milagros.

1. Ibid., cap. 75. O mejor todavía, á la edad de cincuenta años, si es que el autor no se ha equivocado al fijar en uno de sus capítulos (el 46) la fecha del nacimiento del príncipe, en 1465. No es fácil conocer la verdad cuando el autor mismo no se toma el trabajo de ser veraz para consigo mismo.

2. Sus honras se celebraron con pompa sanguinaria. Sobre su tumba fueron sacrificados doscientos varones y cien mujeres. Su cuerpo fué devorado por las llamas en una pira funeraria, en medio de un monton de joyas y telas preciosas y de incienso; las cenizas fueron encerradas en una urna de oro y llevadas al templo de Huitzilopitchehli, á cuya deidad tenia alguna devocion, no obstante las lecciones de su padre. Ibid.

de los progresos de un idioma, los aztecas reconocieron públicamente su inferioridad con respecto á los tezcucanos, pues que á ellos acudían para instruirse, y sus obras eran las que citaban como los modelos, como las obras maestras de la lengua. A los tezcucanos pertenecieron las mejores historias, los mejores poemas, los mejores códigos, el mejor dialecto. Los aztecas no eran sus rivales mas que en la ostentacion de su porte y aun en la magnificencia de sus edificios: en todo esto desplegaron una pompa y esplendor verdaderamente asiáticos. Por tales cosas no pertenece mas que á la mejora material no á la intelectual: les faltaba ese refinamiento en las costumbres, que es obra de una civilizacion adelantada y duradera. Se oponía á sus progresos sociales una barrera insuperable, ese culto de sangre que volvía infecto y marchitante hasta el aire que respiraban.

La superioridad de los tezcucanos es indudablemente debida á los dos príncipes de cuyo reinado acabamos de hablar. Ninguna situacion es mas á propósito para hacer la dicha de un pueblo, que la de un hombre que ejerce un poder ilimitado sobre un pueblo semiculto. Dueño absoluto de todos los recursos de la época, puede aprovecharlos, difundirlos indefinidamente entre el pueblo, es semejante á esos manantiales que nacidos en la cumbre de una montaña y alimentados de la lluvia del cielo, forman despues arroyos que corren por en medio de las sua-

ves colinas y de los valles, fertilizándolos y vistiéndolos su aridez de verdor y de hermosura. Tales fueron Netzahualcoyotl y su ilustre heredero, cuyo sabio gobierno que duró cerca de una centuria, ocasionó la mas saludable revolucion en la condicion de su pueblo. ¡Es cosa rara que nosotros que habitamos el mismo continente, sepamos mejor la historia de tantos caudillos bárbaros del Viejo y del Nuevo Mundo, que la de esos varones verdaderamente grandes, cuyos nombres están asociados á la memoria de los períodos mas gloriosos en los anales de las razas indias!

No es fácil cosa con la escasa luz que nos han transmitido los siglos, determinar exactamente el grado de civilizacion á que habian llegado los tezcucanos. Era ciertamente muy imperfecta, si se ha de tomar en la rigurosa acepcion que tiene en Europa la palabra civilizacion: en algunas de las artes y en todos los ramos de las ciencias no hicieron mas que comenzar; pero iban bien encaminados, y ya habian manifestado un gusto delicado, una sensibilidad exquisita y una aptitud para perfeccionarse, que bajo buenos auspicios les habria conducido á un adelanto indefinido. Desgraciadamente fué su destino caer bajo la dominacion de los belicosos aztecas, cuyo pueblo pagó á sus vecinos los beneficios de la civilizacion, contaminándoles con su feroz supersticion, envolviendo la tierra en letal oscuridad, que bien

pronto habria marchitado los ricos pimpollos que iban á brotar, y habria reducido los frutos mismos á polvos y cenizas.

Fernando de Alba Ixtlilxochitl, que floreció á principios del siglo XVI, era descendiente en línea recta de los soberanos de Tezcucó. La posteridad real se volvió tan numerosa en pocos años, que no era raro encontrarla reducida á la mayor pobreza y ganando el pan cotidiano en las mas humildes ocupaciones; pero Ixtlilxochitl, descendiente de la principal mujer de Netzahualpilli, habia conservado un rango distinguido. Desempeñaba cerca del virey el cargo de intérprete para el cual era muy á propósito por sus conocimientos en los geroglíficos y en las lenguas mexicana y española. Su origen le grangeaba la amistad de los grandes de su nacion, algunos de los cuales conservaban empleos de importancia bajo el nuevo gobierno, y habian tenido por lo tanto proporcion de acopiar manuscritos indios que francamente podia consultar Ixtlilxochitl. El poseia una librería de consideracion, propia suya; y tanto con estos como con los otros materiales, emprendió diligentemente el estudio de las antigüedades tezcuca-

nas. Descifró los gereoglíficos, recogió los cantos y tradiciones populares, y corroboró estas noticias con las que oralmente recibia de algunos ancianos, que habian tratado con los conquistadores. Con tales documentos trabajó varias obras sobre la historia antigua de las razas tezcucanas y tultecas, continuándolas hasta terminar con la ruina del imperio por Cortés. Estas varias obras compiladas bajo el título de *Relaciones*, son compendios y repeticiones unas de otras, y no se acierta el motivo de esto. La *Historia Chichimeca* es la mejor dispuesta y la mas completa de las de toda la serie, y la que por lo tanto he citado mas frecuentemente en el curso de esta introduccion.

Los escritos de Ixtlilxochitl tienen muchos de los defectos propios de su época. Muy á menudo emplea sus páginas en referir incidentes triviales y aun inverosímiles; aumentando esto último al paso que se trata de acontecimientos mas remotos; pero la distancia que disminuye la magnitud aparente de los objetos vistos con los ojos materiales, la aumenta cuando se les ve con los del espíritu. Su cronología, como lo he dicho mas de una vez, es confusa y embrollada, hasta el punto de ser imposible desenmarañarla. Frecuentemente presta oídos fáciles á tradiciones y cuentos que en nuestro tiempo asustarian al crítico menos esceptico. No obstante, hay en sus escritos tales apariencias de candor y buena fé, que

el lector fácilmente se convence de que la peor causa que reconocen sus errores, es la parcialidad nacional, y ciertamente que semejante defecto es excusable en el descendiente de una alta familia despojada de su antiguo esplendor, y á quien debia ser lisonjero revivirlo (aun mas brillante de lo que fué) aunque fuese en las páginas de la historia. Debemos tambien considerar que si su narracion es á veces increíble, depende de que ha intentado penetrar en los misteriosos senos de la antigüedad, donde se encuentran mezcladas la luz y las tinieblas, y donde todo es susceptible de desfigurarse, como se ve al traves del nebuloso medio de los jeroglíficos.

En consideracion á esto, vemos que el historiador tezcucano tiene justos títulos á nuestra admiracion, por la exactitud de sus indagaciones y por la sagacidad con que las ha dirigido. Nos ha iniciado en el conocimiento del pueblo mas culto de Anáhuac, cuya historia, no obstante que se ha conservado, apenas se ha podido comprender en los últimos tiempos: nos ha ofrecido un punto de comparacion que rectifique nuestras ideas acerca de la civilizacion de América. Su lenguaje es sencillo y á veces elocuente y sentido. Sus descripciones, muy pintorescas, y abunda en anécdotas familiares. La naturalidad y belleza de su estilo al referir los acontecimientos mas notables de la historia y las aventuras personales de sus héroes, le hacen acreedor al nombre de el *Livio* de Anáhuac.

En lo sucesivo, al tratar de lo relativo á la conquista, tendré que hablar de su mérito literario, pues que en lo que mira á aquel suceso es una de las primeras autoridades. Sus anales manuscritos, pues que hasta hace poco no se habian impreso, han sido diligentemente estudiados y trascritas sus páginas por todos los escritores que han escrito en México, padeciendo algo su reputacion por tal motivo, como sucedió á Sahagun.

Su "Historia Chichimeca" se ha traducido al frances por M. Ternaux-Compans, y forma parte de esa inestimable coleccion de traducciones de documentos inéditos, que tanto ha ensanchado nuestros conocimientos sobre la historia de América. Yo he tenido frecuentes ocasiones de juzgar del mérito de la traduccion de Ixtlilxochitl, y aprovecho con placer esta oportunidad de dar un testimonio público de su fidelidad y elegancia.

NOTA.—Era mi intencion terminar esta introduccion con una "investigacion sobre el origen de la civilizacion mexicana." Pero "las cuestiones relativas al origen de los habitantes de un continente, no pertenecen," dice Humboldt, "al dominio de la historia, y quizá ni á la de la filosofía." Livio ha dicho que "para la mayoría de los lectores, ofrece escaso interes el origen y antigüedades de un pue-

blo." Fundado en el exacto y oportuno dictámen de dos escritores semejantes, y habiendo por otra parte reunido todo lo concerniente á este punto en la primera parte del Apéndice, á él remito antes de entrar en la historia de la conquista á aquellos de mis lectores que estén muy interesados en la discusion.

ZOTA.—Para mi intencion terminar esta introduccion con una investigacion sobre el origen de la civilizacion mexicana. Pero "las cuestiones relativas al origen de los habitantes de un continente no pertenecen," dice Humboldt, "al dominio de la historia, y puzá mi la de la filosofía." Dávo la dicho que "para la mayoría de los lectores ofrece escaso interés el origen y antigüedades de un pue-

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

España bajo Carlos V.—Progresos de los descubrimientos.—Política colonial: Conquista de Cuba.—Expediciones á Yucatan (1516.—1518.)

A principios del siglo XVI, España ocupaba tal vez el lugar mas prominente en el teatro de Europa. Los numerosos Estados en que habia estado dividida por tanto tiempo, se habian refundido en una sola monarquía. La media luna que habia reinado allí durante ocho siglos, fué arrojada á los confines de la monarquía: la autoridad de la corona no hacia sombra como en los últimos tiempos, á las clases inferiores del Estado: el pueblo gozaba del inestimable privilegio de la representacion política, y lo ejercia con varonil independencia. La nacion podria haber